

LA AMERICA LATINA EN TRANSICION

Por el Dr. Maurice HALPERIN

I. BASES HISTORICAS Y GEOGRAFICAS DEL DESARROLLO ACTUAL DE LA AMERICA LATINA

El objetivo que perseguimos, en esta serie de tres conferencias que nos proponemos dar bajo el título genérico de “La América Latina en Transición”, y que nos complacemos en inaugurar hoy, es el de interpretar el significado de la gran crisis por la que esta región atraviesa. Porque es claro que los mediados del siglo xx constituyen un período decisivo de grandes cambios en la historia de Latino América, quizá los cambios más significativos desde que tuvo lugar, más de cuatro siglos ha, la conquista europea.

¿Cuál es la naturaleza de esta crisis y cuál es la dirección que toma? ¿Cuáles son los complejos factores, históricos y geográficos, cuáles las fuerzas económico-sociales, tanto dentro como fuera de la región, que se entre-influencian, que han dado forma y que continúan modelando la profunda transformación que ahora tiene lugar? Son estas las cuestiones de las que hemos de ocuparnos y sobre las cuales confiamos en proponer, si no respuestas satisfactorias, al menos plantear, dentro de nuestras conferencias, perspectivas adecuadas para permitir dichas respuestas.

Creemos, sin embargo, al iniciarlas, que podría ser útil invertir el procedimiento usual, y exponer en forma breve las conclusiones que confiamos alcanzar, antes de haber presentado las premisas de las cuales las derivamos. En esta forma, os será posible, desde el primer momento, percibir los marcos dentro de los cuales desarrollaremos nuestra tesis.

Nuestras conclusiones pueden ser sucintamente expresadas bajo la forma de las cinco proposiciones siguientes :

1. Con fines de un análisis amplio, global, la América Latina puede adecuadamente ser tratada como una sola unidad. Diversidades regionales en cuestiones de cultura, historia y geografía, que existen dentro de la región, no afectan fundamentalmente las características comunes en materias de desarrollo social, económico y político, las cuales diferencian a Latino América, como unidad, de los otros grandes grupos territoriales del orbe.

2. La característica más significativa de la América Latina, en función a sus problemas actuales, es que constituye un área sub-desarrollada. No obstan para ello los elementos latinos en su cultura y su situación dentro del hemisferio occidental ; la América Latina, hoy día, ofrece un grado muy semejante de sub-desarrollo industrial, tecnológico y económico en general así como los desequilibrios sociales y políticos que de ahí provienen que se observan en vastas regiones de Asia y de Africa. Sin duda que su latinidad y su americanismo dan un colorido especial al sub-desarrollo de la América Latina, pero esencialmente, esta región sufre el mismo proceso de cambio acelerado y doloroso que se observa en otros países y regiones, como por ejemplo la India, los países del Oriente Medio, o las dependencias coloniales del continente africano.

3. Para la América Latina, así como para las otras regiones sub-desarrolladas, el factor subyacente en el proceso al que nos hemos referido es el de la industrialización bajo auspicios nativos o nacionales, con el propósito de promover el desarrollo nacional. Este fenómeno crea condiciones que presuponen un cambio profundo en la estructura económica e institucional de las regiones afectadas ; a la vez, tal como podía preverse cuando una transformación socio-económica radical tiene lugar, el período de transición es en extremo complejo, y trae consigo ajustes internos muy difíciles.

4. El proceso de ajustamiento se ve, además, complicado por el hecho de que la industrialización en América Latina o en regiones semejantes, trae la inevitable consecuencia de alterar las pautas de las relaciones que, establecidas de tiempo atrás, ha mantenido con las más desarrolladas partes del mundo. La reacción recíproca entre los ajustes internos y externos proyecta la crisis latinoamericana más allá de sus fronteras.

5. La crisis latinoamericana, por consiguiente, forma parte integral de la crisis mundial, de la cual uno de los factores subyacentes —si no es que el principal— es la emergencia de los pueblos no desarrollados, de su tradicional posición de dependencia colonial o semi-colonial, al de madurez política y económica.

*

* *

Una vez presentados los marcos dentro de los cuales nos proponemos examinar el panorama latinoamericano, podemos encarar el tema específico que nos corresponde hoy día, es decir, el de las bases históricas y geográficas del desarrollo actual de la América Latina. Es evidente que este tema es lo bastante amplio para ocupar un considerable período de tiempo, y puede, además, dar lugar a muchas digresiones interesantes. Sin embargo, si lo entendemos dentro de los lineamientos provenientes de la tesis antes delineada, podemos circunscribir nuestra investigación dentro de límites razonables.

Si, tal como hemos asentado, el hecho más significativo de América Latina hoy día es el de que es una región sub-desarrollada, debemos enfocar nuestra atención hacia la incógnita: ¿Por qué es que la América Latina constituye una región sub-desarrollada? ¿Por qué, después de ciento cincuenta años de que se inició la revolución industrial, la América Latina es, esencialmente, un productor de materias primas y un consumidor de productos manufacturados extranjeros? ¿Por qué los métodos agrícolas latinoamericanos continúan en su mayoría siendo los mismos que precedieron a la era industrial? ¿Por qué el nivel de vida de la gran mayoría de la población latinoamericana es tan bajo si lo comparamos con los de los norteamericanos o los europeos? ¿Por qué es que dos de cada tres latinoamericanos (e incluso la proporción puede ser mayor), sigue siendo analfabeta más de cien años después de que se inventó la prensa rotatoria?

No ha mucho que estaba de moda contestar a esta pregunta asentando que los latinoamericanos, la mayoría de los cuales tienen tez oscura, constituyen una raza inferior, con la desventaja adicional de que habitan los trópicos. Esta explicación aún se sugiere, quizá en una forma más cortés, en ciertos círculos restringidos. Es de por sí evidente que debemos rechazar la explicación racista como totalmente infundada y esencialmente anticientífica. La explicación climatológica, por su parte, constitu-

ye una generalización que, al analizarse, también se muestra huera. Sería, por lo demás, más fácil poder aceptar los mitos antes citados para explicar el por qué del sub-desarrollo de la América Latina; sin embargo, una vez desechados, no nos queda sino analizar de una manera objetiva la historia y la geografía, buscando datos que nos permitan encontrar una respuesta a nuestra encuesta.

Muchos son los factores que influyen para determinar el predominio que las condiciones geográficas tendrán en el desarrollo de las sociedades humanas; pertinente son los objetivos y valores que tiene la sociedad que se analiza. Es así como los recursos naturales, y variadas características topográficas y climáticas de la América Latina han tenido un significado diverso en las muchas clases de sociedades que se establecieron en la región en el transcurso de varios milenios.

Por ejemplo, la existencia de inmensos depósitos de oro en las montañas de Minas Gerais carecía en lo absoluto de significado para las tribus Tupi-Guaraní que cazaban en esta parte del Brasil. Pero para los adelantados portugueses del siglo XVIII, el oro de Minas Gerais se convirtió en el fundamento de una floreciente economía de estilo europeo, que permitió la colonización de una región que antes se había creído desposeída de los elementos más indispensables.

O tomemos las pampas argentinas, que contienen algunos de los mejores pastales húmedos del mundo. Por los españoles de la Colonia, fueron considerados como desprovistos de valor, y no condujeron al establecimiento de una sociedad sedentaria, tampoco, por parte de los aborígenes precolombinos. Fué solo hasta después de la mitad del siglo XIX, una vez que la urbanización europea creó grandes mercados para los alimentos, y que se inventaron los buques de refrigeración, cuando las pampas argentinas se convirtieron en una de las regiones del mundo con mayor producción de carne de res y de cereales.

Por consiguiente, carece de realismo valuar el fenómeno geográfico sin ligarlo con la contextura de la historia. En el caso de América Latina, mucho se complica dicha contextura por la existencia, cuando llegaron los europeos, de un pequeño número de densamente poblados y muy separados centros de civilización indígena. Este hecho histórico, que coincidió con el dato geográfico de encontrarse ricos depósitos de metales preciosos acoplados con una abundante oferta de mano de obra, en gran parte determinó la fijación de los principales centros de desarrollo europeo durante el período colonial: los valles montañosos de la Mesa Central de

México, la altiplanicie andina en sus regiones norteña y central, y el oasis Lima-Callao, adyacente al anterior.

El desarrollo minero brasileño, que ocurrió después, también tuvo lugar en el altiplano. Establecimientos de importancia secundaria, como los del valle central, en el núcleo de Chile, la estrecha faja costeña al nor-este del Brasil, y algunas de las islas del Caribe, se encontraban dispersos unos de los otros, y muy alejados de los grandes centros. Barreras montañosas, la ausencia de ríos navegables y aprovechables y la falta de bahías naturales contribuyó también a desalentar las comunicaciones entre esos centros de población. Además, como la mayor parte de las grandes planicies son excesivamente áridas, o se hallan cubiertas de selvas casi impenetrables, desalentó la colonización en regiones donde la topografía es relativamente favorable.

Es así como una combinación de factores histórico-geográficos crearon un molde de comunidades aisladas que casi no cambió durante el siglo XIX, y que en sus características esenciales, aún subsiste. Este molde sin duda ha contribuido —y contribuye aún— a retardar el desarrollo económico de América Latina; fué el elemento principal en la fragmentación de la región en veinte repúblicas, una vez que lograron su independencia del dominio hispano y portugués; y este fenómeno político consolidó más aún el molde de aislacionismo entre las comunidades latinoamericanas. Porque el comercio hoy día entre esas repúblicas es insignificante, y tampoco puede ignorarse que las recurrentes disputas fronterizas, y guerras entre ellas, poco han auxiliado a su desarrollo económico.

El aislamiento interno en Latinoamérica también permitió otro desarrollo que deformó la economía de la región: facilitó la incorporación de cada una de las diversas unidades políticas dentro del nuevo sistema de economía internacional, dentro del cual cada república se convirtió en un productor de materias primas para los centros manufactureros de Europa y de América del Norte, y un mercado para sus productos manufacturados y sus inversiones de capital. Estas han sido las relaciones características entre una región subdesarrollada y los países altamente industrializados en la época que siguió a la revolución industrial.

Desde que los españoles descubrieron las ricas vetas de metales preciosos, la leyenda de la infinita riqueza de Latinoamérica ha subsistido. Cierto es que durante el período colonial el oro y la plata, así como un número limitado de otros productos, tal como la caña de azúcar, producida a bajo costo por medio de trabajos forzados, crearon una prosperidad

envidiable en términos de los niveles europeos entonces predominantes. Sin embargo, al tener efecto la revolución industrial en el siglo XIX, niveles de producción y de prosperidad totalmente nuevos fueron posibles. En este período, en forma coincidente la producción latinoamericana de metales preciosos y de azúcar de caña había disminuído a una fracción de su producción anterior; pero aún si esto no hubiera sucedido, el oro, la plata y el azúcar mal hubieron podido servir de fundamento para una nueva economía industrial.

En el siglo XIX, fueron dos los productos naturales cuyo predominio permitió construir una civilización industrial: el mineral de hierro y el carbón. Este tenía una doble función; era la fuente de la fuerza motriz para los nuevos inventos mecánicos, y era el combustible para la producción del acero. El hierro era el metal fundamental para la producción del acero. Otro elemento natural que también alcanzó importancia, si bien secundaria, en cuanto los dos primeros podían facilitar su acceso a él, fué el de las planicies agrícolas, donde la maquinaria podía usarse con éxito; y éstas se convirtieron en una nueva fuente de granos y de carne, con la cual pudo alimentarse a las poblaciones urbanas que crecían rápidamente.

América Latina es rica en depósitos de mineral de hierro; no hay duda de que sólo Brasil posee reservas de hierro de tal cantidad y calidad que lo colocan a la cabeza de las naciones; pero hasta hace muy poco éstos, y otros depósitos de gran importancia, como los venezolanos situados en el sector de las altiplanicies de la Guayana, se consideraban inaccesibles a la explotación industrial. Pero muy otra es la situación con respecto al carbón; con pocas excepciones, en especial Chile y México, la mayor parte de los países latinoamericanos, y hasta donde se sabe hoy día, carecen de carbón; además, cuando ese carbón existe y es explotable, no es por lo general abundante o de la mejor calidad. Latinoamérica, que contiene un 20% del área total de los continentes habitados del mundo, y 7% de la población del orbe, sólo produce menos de uno por ciento de la producción mundial de carbón.

Podrá indicarse que América Latina posee abundantes recursos de otras fuentes de energía, por el empleo del petróleo y de la hulla blanca son fundamentalmente un desarrollo del siglo XX. Para entonces, la falta de carbón como fuente de energía, y como elemento indispensable en la producción del acero, había ya contribuído a establecer un modelo propio de una economía subdesarrollada.

El siglo xx también ha revelado que la América Latina es rica en la posesión de grandes cantidades de minerales industriales, como el cobre, el estaño, el cinc, el plomo, el antimonio y el magnesio; sin embargo, dentro de la estructura de la economía latinoamericana que había quedado fijada en el siglo anterior, se convirtieron en materias primas adicionales que podrían ser exportadas a los centros industriales del orbe, ayudando así a que Latinoamérica mantuviera su calidad de región subdesarrollada.

Otro elemento adicional en el desarrollo de la América Latina, fué el estorbo que constituyó la falta de tierras adecuadas para cultivar los principales artículos de la alimentación. Otros factores, tal vez más significativos que los de topografía y clima, entran en la explicación de la baja productividad agrícola de la América Latina. Sin embargo, no puede negarse que si la comparamos con Europa o con América del Norte, una gran proporción de ella es poco apropiada para el cultivo de los alimentos principales. No es preciso repetir, en México, cuán pequeña es el área territorial que puede cultivarse sin necesidad de costosos proyectos de riego o sin un sistema, aún más costoso, de control de inundaciones, drenaje e ingeniería sanitaria. Y aún entonces precisa excluir más de la mitad de la república, donde el terreno es tan escabroso que sólo una agricultura de subsistencia, de muy pequeño rédito, puede establecerse, y eso en las regiones más accesibles.

La América Central y las repúblicas andinas ofrecen características semejantes. Aquí y allí, pequeños pedazos de terrenos fértiles y planos—tal es como la Meseta Central de Costa Rica, la cuenca de Valencia en Venezuela, el valle del Cauca en Colombia, el valle de Cochabamba en la cordillera oriental de Bolivia, el excepcionalmente rico valle central en el núcleo de Chile, y una serie de dispersas cuencas montañosas en Ecuador y Perú— existen; pero en lo general, cuando el terreno es plano, es árido, como las regiones costeñas del Perú, el desierto de Atacama en Chile, y el ventoso altiplano boliviano; o bien excesivamente húmedo, como en las selvas del Oriente ecuatoriano, las pequeñas alturas en la Montaña peruana y en las Yungas bolivianas; o bien, alternativamente inundadas y secas, como en los Llanos de Venezuela.

La gran masa de territorios planos en el interior del continente sudamericano consiste, por un lado, de la hoya amazónica, el mayor conjunto de selva en el mundo; por el otro, de una árida faja territorial que se extiende desde el Gran Chaco del Paraguay occidental, Bolivia oriental y el norte argentino hacia el Sur, atravesando Patagonia, hasta alcanzar al

propio estrecho de Magallanes. Los *sertoes*, o regiones interiores atrasadas del noreste brasileño, han sido una de las regiones del mundo más visitadas por constantes sequías y carestías. El resto del Brasil se compone en su mayor parte de montañas bajas y de mesetas semi-montañosas, muchas de las cuales son cultivables, pero de fertilidad probablemente escasa.

Lo que es evidente falta en el Brasil, y en verdad en todo el litoral atlántico sudamericano, es un plano costero tal como existe en ese mismo litoral en Norteamérica. Por consiguiente, quedan los húmedos pastales argentinos, las onduladas planicies uruguayas que comprenden a Río Grande do Sul, al extremo sur del Brasil —una zona relativamente pequeña, dividida por el estuario del Plata—, como la única región latinoamericana susceptible de calificarse como de primera clase para el cultivo y para la ganadería.

Tal como sucede con los recursos mineros, las tierras latinoamericanas son, en algunos casos, ricas y variadas; la región posee muchas zonas admirablemente adaptadas para el cultivo de productos especiales, como el café, la caña de azúcar, el plátano, el cacao y varias oleaginosas. Pero no son estos productos los fundamentales, aquellos que se requerían en cantidades abundantes y a bajo precio para complementar el carbón y el hierro en el desarrollo de una sociedad industrial. Tal como lo fueron el cobre y el estaño, el café y el plátano se convirtieron en elementos que auxiliaron a perpetuar la subdesarrollada economía latinoamericana.

Encararemos ahora el problema de cómo el clima, particularmente el tropical, ha afectado el desarrollo latinoamericano. Varios de los elementos que configuran la respuesta, han sido ya señalados, en tanto el clima es un factor fundamental al determinar las condiciones del suelo. Refiriéndonos en concreto a los trópicos, debemos realizar el hecho de que ahí existen una gran variedad de climas, según su altura sobre el nivel del mar, de su humedad y de otros factores. Acerca de la habilidad, algunas regiones tropicales al nivel del mar, como muchas de las islas de las Indias Occidentales, que tienen una temperatura media alta durante todo el año, se consideran especialmente propicias. Otras, también a poca altura sobre el mar, tal como la costa de Venezuela sobre el mar Caribe, y partes de la hoya amazónica, son incómodas durante la mayor parte del año. Es evidente que las altas mesetas tropicales, de altura media, son casi ideales desde el punto de vista de la comodidad del ser humano.

Aparte de la cuestión de las condiciones del suelo, los trópicos han afectado el desarrollo latinoamericano principalmente desde el punto de vista de la salud humana. No puede discutirse que esas enfermedades propias de las tierras costañeras o de poca elevación sobre el nivel del mar, propician enfermedades como la malaria y la fiebre amarilla, las cuales han creado problemas especiales, impeditivos de una eficaz actividad por parte del hombre, y de importancia mucho mayor que los obstáculos existentes en las zonas templadas de Norteamérica y de Europa. Por consiguiente, hasta cierto punto la posibilidad de utilizar eficazmente las bajas tierras tropicales de América, dentro de una idea coordinada al desarrollo de una sociedad industrializada, fué retardada hasta el siglo xx, cuando la ciencia médica y la ingeniería sanitaria inventaron aquellos medios que permitieron controlar la pestilencia tropical.

Los efectos debilitantes de lo que ha dado en llamarse, popularmente hablando, el calor tropical, en gran parte componen un mito. En verdad que en ninguna parte de Latinoamérica, a menos de que se piense en Buenos Aires (éste edificado en una zona templada), motiva el calor tantos inconvenientes como lo hace en Washington o Nueva York. Sin embargo, la bulliciosa actividad industrial y comercial en ciudades tropicales y a poca altura sobre el nivel del mar, como lo son Río de Janeiro, Habana y Maracaibo, han logrado destruir, al fin, el mito de la indolencia tropical.

Hemos, pues, examinado brevemente alguna de las características naturales en la América Latina, tal como se refieren a sus problemas de crecimiento en la era post-industrial. Mal podemos afirmar que estas características han sido las principales causantes del sub-desarrollo de la región. A la vez, no podemos afirmar que dichas características proporcionaron condiciones especialmente favorables, o estimulantes, para la industrialización, en particular durante el crítico siglo xix. Ciertamente que la creencia popular de que Latino América ha sido espléndidamente equipada por la naturaleza para el desarrollo industrial, carece de fundamento.

El significado de la geografía de la región sin duda sufre cambios y en lo futuro, sus deficiencias pueden perder importancia en tanto aquellos de sus recursos hoy día no utilizables, pueden convertirse en elementos activos de tremenda potencialidad. Sin embargo, dentro del período que consideramos, sus deficiencias deben aceptarse como retardantes, hasta cierto punto, del desarrollo de la región.

Estas deficiencias naturales no explican por sí solas el sub-desarrollo latinoamericano. Antes al contrario, podían haberse superado si las circunstancias históricas hubiesen sido más favorables; por ello es que debemos dirigir nuestras miradas a esta última, para encontrar aquellos factores decisivos que han moldeado el escenario latinoamericano.

*
* *
*

La fundación, durante el siglo xvi, de los imperios coloniales español y portugués en el hemisferio occidental, coincidió con el principio de un período de grandes cambios en Europa. La expansión del comercio, la iniciación de la agricultura e industria especializadas, el desarrollo de los sistemas internacionales bancarios, la afirmación de las ciudades como centros de poderío económico-político, estos y otros fenómenos correlativos anunciaron la decadencia de la sociedad medieval y el eventual florecimiento, durante un lapso de tres centurias, de nuevas instituciones económicas, sociales y políticas, bajo auspicios burgueses y capitalistas.

La rapidez del cambio no fué igual en todas partes. En Inglaterra tuvo lugar más rápidamente, y al fundarse las colonias británicas en Norteamérica durante el siglo xvii, este fenómeno se reflejó al transplantarse instituciones y valores burgueses, ya no feudales, en la Anglo América del noreste. En cambio, España y Portugal se cuentan entre aquellas regiones europeas donde el cambio fué muy lento, y esto se reflejó, a su vez, en que a Latinoamérica se transplantaron, y se mantuvieron, instituciones y valores predominantemente feudales.

El latifundio, favorecido por una abundante mano de obra aborígen, suplementada ésta por el trabajo de esclavos importados de Africa, se convirtió en la unidad característica de la producción agrícola. Sus consecuencias sociales y políticas fueron dividir la población en dos categorías fundamentales: la gran masa de siervos y esclavos, compuesta de los pueblos aborígenes y de los africanos, y una aristocracia de terratenientes, de ascendencia europea, que no sólo dominaba el destino de las masas, sino que además las extorsionaba.

El sistema colonial hispano-lusitano tendió a reafirmar la estructura feudal en la sociedad latinoamericana. Ejerció una presión constante para mantener una economía esencialmente agrícola, suplementada sólo por la minería. De todos los modos posibles, evitó el desarrollo de industrias

manufactureras o de aquellas actividades que pudieran competir con las constitutivas de la economía de la Madre Patria. La extensión del sistema de la monarquía absoluta, y de los modelos adyacentes de los poderes secular y eclesiástico, dieron un apoyo tanto material como ideológico al feudalismo en Latinoamérica. Y tanto España como Portugal realizaron toda clase de esfuerzos a fin de aislar sus colonias de las relaciones con los demás países de Europa.

Desde el punto de vista de los valores de una sociedad feudo-colonial, o en verdad, de la sociedad europea anterior a la revolución industrial, los establecimientos portugueses, y particularmente españoles, en el Nuevo Mundo deben contarse entre las comunidades progresistas y bien desarrolladas que encarnaban un trasplante próspero de la civilización europea. Sin embargo, desde el punto de vista de la preparación para participar en la revolución industrial, la historia latinoamericana anterior a la Independencia tiene un sentido bien diverso.

Fué así como América Latina se encontró, durante las guerras de independencia, carente de una burguesía lo suficientemente desarrollada para transformar la lucha por la libertad de la dominación política europea, en una revolución social afortunada. Carentes de tal revolución, las nuevas naciones surgieron a la vida independiente con sus instituciones fundamentales idénticas. Las constituciones liberales que casi todas adoptaron, fueron documentos formalistas superimpuestos a sociedades estructuralmente impreparadas para funcionar como entidades liberales. La gran ventaja histórica que Latinoamérica obtuvo al alcanzar su independencia nacional al iniciarse la revolución industrial, adelantándose así a las grandes regiones coloniales de Asia y Africa, en gran parte fué nugatoria debido a su herencia feudo-colonial.

A estos factores internos, que fueron responsables de la incapacidad de la América Latina de industrializarse durante el siglo XIX, deben añadirse otros factores externos, de importancia decisiva. Apenas habían alcanzado su independencia —y con ella el derecho a comerciar libremente con el mundo exterior—, cuando que empezó a sentirse la presión de los centros europeos, que se industrializaban rápidamente, y a los que a poco se añadió el norteamericano. Estos centros buscaban ansiosamente materias primas para sus crecientes industrias, mercados para su creciente producción industrial, y oportunidades para invertir su creciente acumulación de capital; fué así como emprendieron el desarrollo de Latinoamérica, en términos de sus propias necesidades y objetivos.

Los resultados de este desarrollo nos son bien conocidos. Los marcos coloniales de la actividad económica latinoamericana fueron reanimados en una escala mayor, y se revigorizó la organización socio-político heredada de la colonia. El latifundio, bajo propietarios nativos o extranjeros, fué estimulado y se incrementó hasta convertirse en base de la producción de algodón, caña de azúcar, plátanos, carne congelada y otros productos agrícola-ganaderos que habían aumentado su demanda en mercados extranjeros.

Con la expansión del latifundio, vino la incorporación de nuevas y mayores masas de poblaciones rurales dentro del sistema de trabajo forzado conocido como peonaje. La concentración de la propiedad territorial alcanzó nuevas alturas y evitó la emergencia del pequeño, o medio, productor agrícola independiente que hubiera podido desarrollar niveles de vida más altos. La producción de alimentos agrícolas básicos para consumo local declinó a medida que crecía la población. La paradoja de una América Latina eminentemente rural, y a la vez importando alimentos básicos, se convirtió en realidad.

La extracción de los minerales, esta vez las nuevas variedades exigidas por los grandes centros industriales, se convirtió de nuevo en la principal actividad que enriqueció a Latinoamérica. Como las minas eran casi en su totalidad propiedad de extranjeros, la mayoría de los beneficios se exportaban. El remanente, casi siempre resultado de impuestos de exportación recaudados por los gobiernos, proporcionaba esas divisas que permitían la compra, en el extranjero, de esos costosos productos manufacturados, fabricados con materiales americanos baratos, que la minoría gobernante requería para mantener el orden público y a la vez elevar sus propios niveles de comodidad y lujo. Fué así como los marcos de la relación económica colonial renacieron, y fué una consecuencia inevitable que las relaciones políticas de Latinoamérica con las potencias industriales asumieron algunas de las características del sistema colonial, si bien en una forma diversa y mucho más sutil que la de la era pre-industrial.

¿Y qué decir de los ferrocarriles, mejoría de los puertos, líneas telegráficas y telefónicas, centros productores de electricidad y otros productos indispensables de la revolución industrial, que fueron proporcionados a Latinoamérica a través del sistema llamado por los economistas clásicos de "eficiente especialización en la producción", para definir la relación entre los proveedores de materias primas y los fabricantes de los productos industriales? ¿Acaso este sistema no contribuyó a la

industrialización de la América Latina? Sin duda, y en forma limitada; pero es más significativo el hecho que la importación de equipo industrial deformó y retardó la industrialización de la América Latina.

El propósito esencial de la introducción del equipo industrial en la América Latina fué facilitar la extracción de materias primas y su transporte al extranjero. Los efectos de esta importación industrial fueron, pues, insignificantes en tanto no se trató de proveer a la región con una red de comunicaciones modernas o con plantas industriales que permitieran su desarrollo básico. Otro de los resultados de estas modernas actividades extractivas fué el crecimiento de un pequeño número de centros administrativo-comerciales, por lo general en los capitales; éstos se convirtieron en consumidores de bienes industriales, de los cuales algunos de los más sencillos eran fabricados en la localidad por medio de una maquinaria importada. Con el tiempo, los centros mayores llegaron a parecerse, en muchos aspectos, a las bulliciosas comunidades urbanas de las naciones industriales, pero su desarrollo había sido deformado por factores especiales.

Porque permanecieron dependientes del mundo exterior para el mantenimiento de su equipo industrial esencial, y las funciones comerciales, bancarias y burocráticas, primaron sobre las actividades productivas. No tuvieron la capacidad suficiente para elevar el nivel de producción y el de vida en las regiones rurales interiores. Su existencia sólo sirvió para agudizar las contradicciones entre la vida rural y la urbana. Se convirtieron en islas de una civilización maquinista, dentro de un vasto mar de culturas arcaicas.

El procedimiento evolutivo en las sociedades humanas es complejo. Los mismos factores que impidieron y deformaron el desarrollo industrial de la América Latina durante el siglo XIX crearon a su vez las condiciones que provocaron la industrialización de la región durante el XX. Cómo es que dicha transformación tuvo lugar, y sus consecuencias, son los temas que trataremos en nuestras próximas conferencias. Hoy, hemos tratado de aislar los principales determinantes históricos, dentro de sus marcos geográficos, que retardaron la industrialización de la América Latina, y en consecuencia, produjeron las difíciles condiciones bajo las cuales esta industrialización tardíamente tiene lugar. En resumen, hemos tratado de realizar los siguientes puntos:

1. Los factores geográficos, si bien no decisivos en el retraso latinoamericano, si constituyeron obstáculo para el desarrollo industrial durante el período crítico del siglo XIX.

2. La experiencia colonial, bajo el dominio hispano-lusitano, se caracterizó por el firme establecimiento de un marco feudo-colonial, opuesto a todo cambio en la organización social y económica, que constituyó un factor decisivo para evitar la participación latinoamericana en la revolución industrial.

3. El choque del mundo industrial sobre Latinoamérica tendió a conservar y fortalecer su economía colonial y sus instituciones feudales, y por consiguiente se convirtió en otro factor decisivo en el retraso de la industrialización de la región.

4. El resultado fué que Latinoamérica formó parte de las regiones subdesarrolladas cuando la revolución industrial trajo la gran división del mundo moderno.

II. LA INDUSTRIALIZACION COMO FUERZA MOTRIZ EN LA TRANSFORMACION DE LA AMERICA LATINA

La primera parte del presente estudio estuvo dedicada al examen de la naturaleza de esa transición que caracteriza la presente etapa del desarrollo latinoamericano; en esta ocasión analizaremos el fenómeno que constituye la causa principal de esa transformación: el rápido desarrollo de sus industrias manufactureras.

Es interesante observar que en los países industrialmente adelantados se negó por mucho tiempo la posibilidad de semejante desarrollo y que, ya en épocas más recientes, cuando era imposible negar los hechos, con frecuencia se ha malinterpretado su significado, ya sea considerándola algunos como una actividad "anormal", acelerada artificialmente y en perjuicio de toda su economía; o bien comparándola al desarrollo industrial de los países adelantados, y que, por tanto, seguía un proceso fácilmente predecible. Ambos puntos de vista adolecen de superficialidad porque no toman en cuenta la base histórica de la industrialización latinoamericana, ni la contextura histórica del desarrollo presente. Porque la

industrialización de la América Latina no es anormal ni artificial; es, en esencia, un fenómeno motivado por condiciones objetivas que están ligadas con el proceso fundamental de la evolución social y de la propia conservación. Por otra parte, la industrialización latinoamericana tampoco es análoga a la de los países desarrollados porque tiene lugar en un período crítico motivado, principalmente, por esos mismos países.

En la primera parte de nuestro estudio asentamos que el desarrollo industrial de Latinoamérica estaba inhibido por dos causas de género histórico: primeramente, su herencia feudo-colonial; y en segundo lugar, los efectos del choque que sobre esta región tuvieron las nacientes potencias industriales, las cuales, paradójicamente, fortalecieron su economía feudo-colonial e impidieron su desarrollo industrial. Sin embargo, estos fenómenos no destruyeron por completo el desarrollo de una clase nativa de empresarios, como lo prueban las luchas entre conservadores y liberales, que estuvieron, en múltiples casos, estrechamente relacionadas con los esfuerzos que hizo la burguesía para corregir las condiciones que impedían su progreso. Puesto que no todos los objetos manufacturados podían importarse con provecho, actividades tales como la fabricación de telas de algodón de baja calidad, la producción de la cerveza y otros tipos de elaboración de alimentos proporcionaron un campo industrial limitado, aunque creciente, para el capitalista vernáculo, el extranjero o bien el naturalizado.

En algunos casos, factores regionales proporcionaron oportunidades para el crecimiento de los empresarios, dentro de los marcos de una economía semi-feudal y semi-colonial. El desarrollo agrícola y ganadero de las pampas argentinas, y el auge posterior del café en el Brasil provocaron la inmigración de millones de europeos, cuyo mejoramiento económico creó mayores mercados domésticos para artículos manufacturados, los que a su vez fueron proporcionados por los inmigrantes más emprendedores, convertidos en el industrial o el comerciante burgués.

Por último, las grandes industrias extractivas y de servicios públicos, establecidas por las compañías extranjeras, también contribuyeron a crear en la conciencia de un número cada vez mayor de latinoamericanos que existía una relación directa entre su papel de abastecedores de materias primas, las cuales eran poseídas, producidas y exportadas por compañías extranjeras, y su propio y retardado desarrollo económico. La burguesía nacional principió a darse cuenta que la importación de objetos manufacturados, relativamente libres de impuestos, contra los cuales no podían

competir, estaba inevitablemente ligada con el sistema de explotación extranjera de sus recursos naturales. A la vez, las minas, plantas eléctricas, ferrocarriles, etc., todos de propiedad extranjera, crearon una nueva clase de trabajadores industriales, la cual, a través de sus conflictos y disputas con sus patronos extranjeros, también adquirió conciencia de la economía semi-colonial en medio de la cual vivía.

Es así como podemos afirmar que si bien a través de todo el siglo XIX y principios del XX, factores históricos de primordial significado evitaron la industrialización de la América Latina, hubo factores secundarios (algunos de los cuales eran derivados de los primeros) que prepararon lentamente las condiciones propicias para un cambio en el futuro. Sin embargo, para la región considerada en su conjunto, el ritmo de cambio continuó siendo imperceptible hasta que una serie de choques, provenientes del mundo exterior, bruscamente motivaron nuevas condiciones que pusieron en movimiento la era actual de una transformación industrial acelerada.

Uno de los factores esenciales que permitió el funcionamiento de aquel sistema de relaciones económicas fué la existencia ininterrumpida de la libertad de comercio, que permitió a su economía semi-colonial mantener una estabilidad relativa. Mas este sistema de intercambio se vió seriamente comprometido por la primera guerra mundial; sufrió un segundo golpe, mortal, durante la crisis económica mundial de 1930, y, por último, la destrucción del comercio libre e ininterrumpido del globo se vió confirmado por la segunda guerra mundial.

De esta manera se hizo factible y necesario para Latinoamérica, puesto que se trataba de su propia conservación, empezar esa industrialización tanto tiempo pospuesta. Múltiples manufacturas tuvieron que improvisarse de modo local, creando nuevas e inesperadas oportunidades para empresarios domésticos, que percibían beneficios considerables y paralelamente adquirirían la suficiente fuerza y riqueza dentro del mercado local, e imponiendo a las importaciones aranceles u otras medidas productoras. Iniciada en 1914, para 1930 la gran transición estaba en marcha, y no había nada que pudiera detenerla.

Por otra parte, una tendencia, no analizada sistemáticamente sino en épocas muy recientes, minaba el equilibrio de la balanza de intercambio económico entre los productores semi-coloniales de materias primas y los grandes centros industriales. Fué Raúl Prebisch, el famoso economista argentino, quien lo señaló partiendo del postulado fundamental de que,

a partir de la revolución industrial, el ritmo de progreso técnico en las actividades fabriles de los centros industriales ha sido mucho mayor que el ocurrido en la producción de las materias primas que las regiones no desarrolladas exportan. Según la teoría económica clásica, el incremento en la eficiencia de la producción industrial debía haber producido una reducción creciente y progresiva en los precios de los productos manufacturados en comparación con los de las materias primas. Sin embargo Prebisch, como resultado de su investigación, pudo demostrar que lo ocurrido en Latinoamérica era exactamente lo contrario de lo que la teoría había supuesto. En efecto, en un artículo publicado en el número de diciembre de 1953 por la revista mexicana "Comercio Exterior", e intitulado "Diez Meses de Comercio Exterior de México", al comentar sobre el desnivel de la balanza comercial mexicana durante los primeros diez meses del año próximo pasado, el artículo hace una observación profundamente significativa; dice textualmente: "que tanto las importaciones como las exportaciones aumentaron sus cantidades intercambiadas, siendo mayor el aumento del tonelaje exportado... que el importado..., lo cual nos está indicando que los precios de exportación... han sido inferiores a los del año anterior, y que su baja ha tenido un ritmo de mayor intensidad que la baja observada también en los precios de los artículos importados".

Podemos, pues, concluir que la relación existente entre las regiones productoras de materias primas y los centros industriales, tanto en cuanto a términos a largo plazo como en cuanto a crisis internacionales específicas, motivó tensiones dentro de aquellas regiones, las cuales sólo podrían resolverse por medio de la industrialización. Este proceso, en cuanto se refiere a la América Latina, se inició y adoptó un ritmo acelerado desde hace aproximadamente cinco lustros. Y corresponde ahora preguntar qué es lo que se ha logrado en cuanto a realización de los objetivos inmediatos del proceso de transformación, es decir, a qué grado estos países han logrado establecer industrias manufactureras capaces de llenar la demanda de objetos totalmente manufacturados que antes tenían que importarse. Esta pregunta implica incógnitas difíciles de apreciar con precisión, pero ciertamente podemos hacer algunas observaciones de tipo general.

El ritmo de adelanto ha variado considerablemente de una región a otra; en algunos países es apenas perceptible pero en la mayoría resulta indiscutible que las industrias manufactureras han incrementado su importancia en un grado mucho mayor que la de cualquier otra rama de actividad productiva y a un ritmo mucho más acelerado que el de creci-

miento de la población económicamente activa, especialmente en México, Brasil, Argentina y Chile.

De importancia fundamental en la industrialización de la América Latina es el rápido desarrollo de una industria primaria de hierro y acero; desarrollo desigual si se toma en cuenta que Brasil solo, produce la mitad del total; México como el 25%; Chile, con su reciente industria, como 300,000 toneladas, en tanto el resto se atribuye a la Argentina. Otros países, sin embargo, pronto serán productores de acero; tal es el caso, por ejemplo, de Colombia, Perú y Venezuela. Dentro de una demanda siempre creciente, Latinoamérica produce por ahora como la tercera parte del acero que requiere para cubrir sus necesidades; en 1938, en cambio, sólo producía un 10%.

Es la Comisión Económica para la América Latina la que, en su “Estudio Económico de América Latina, 1953”, el cual fué publicado en abril último, subraya la importancia de este desarrollo. Este documento dice textualmente: “Sobre la base de estas industrias... se han montado industrias mecánicas de transformación que inauguran una nueva etapa industrial en América Latina. En especial la Argentina, el Brasil y México, cuentan con plantas de considerable magnitud, que les han permitido reducir las importaciones de máquinas, motores, material ferroviario, etc. Avanzada como está la etapa de ensamble de vehículos, se vislumbra ya la fabricación nacional de automotores.”

Estos, y otros signos de desarrollos trascendentales constituyen las indicaciones más claras de que la América Latina se halla ahora en medio de una transición industrial de verdadera profundidad. Es sólo cuestión de tiempo el que sea posible alcanzar el objetivo propuesto.

Sin embargo, la tarea futura es aun inmensa; los obstáculos internos son múltiples y graves; pero, en gran parte, los factores que tienden a reducir o bien a deformar el ritmo del desarrollo industrial son externos. A la América Latina le es imposible poder competir con los países industrialmente adelantados; su principal preocupación por mucho tiempo será la de proteger su propio mercado doméstico en contra de la invasión de productos manufacturados extranjeros. Al mismo tiempo, la época del establecimiento de nuevas dependencias, coloniales o semi-coloniales, como convenientes mercados para los productos industriales de la metrópoli, ha pasado ya, y a la América Latina le es imposible repetir el *clásico* proceso de la industrialización.

Un segundo problema fundamental al que tiene que enfrentarse la América Latina, y que proviene del exterior también, es el de que algunas industrias clave tales como los recursos de energía y combustible son propiedad de compañías extranjeras, las cuales no se interesan particularmente por el desarrollo industrial de América Latina porque deben necesariamente calcular los réditos de su inversión en términos de obligaciones mundiales en su ámbito, y de oportunidades igualmente extensas.

La manera de encarar este problema no es fácil, ni desde el punto de vista económico ni del político. El éxito de México al resolver una de las principales ramas del problema, nacionalizando su industria petrolera, no debe ocultar el hecho de que se trató de una empresa arriesgada, económica y políticamente. La nacionalización de los ferrocarriles en México y la Argentina fué el principio de un proceso lento, doloroso y extremadamente costoso, de modernizar sistemas de transporte en un estado muy decadente. Y ninguna de estas repúblicas se ha enfrentado al problema de cómo resolver la escasez de energía eléctrica.

Otro problema más reciente ha sido la inversión de capital extranjero en las industrias manufactureras para protegerse contra las tarifas protectoras latinoamericanas, pero, paradójicamente, esas inversiones no contribuyen necesariamente a la industrialización de la América Latina; en primer lugar, porque el mayor porcentaje como sea posible de los beneficios obtenidos por dichas empresas sale de la región, y en segundo lugar, porque esas fábricas sucursales, dados sus superiores recursos, tienden a inhibir e incluso a destruir la competencia de las empresas locales. A estos factores externos, debemos añadir otros internos, que también complican el proceso de industrialización de la América Latina. Puesto que, como hemos visto, la América Latina tiene que depender casi exclusivamente de su mercado doméstico como fuente de consumo de sus productos manufacturados, la dificultad de aumentar semejante mercado impide el desarrollo de industrias de producción en masa. A su vez, esto implica una producción costosa, la que tiene como natural consecuencia la restricción del mercado del consumidor.

Este problema es sólo una faceta de un fenómeno mayor, el de la coexistencia en la América Latina de una economía semi-feudal y semi-colonial, acompañada de instituciones político-sociales similares, en tanto que por otra parte hallamos un capitalismo industrial que principia a surgir. El proceso del cambio sufrido en la América Latina, no obstante la aceleración de las últimas décadas, ha sido esencialmente evolucionista y

no revolucionario. Aun en el caso de México, que constituye la única excepción a la regla general, el esfuerzo hacia un cambio revolucionario no puede decirse que haya sido totalmente satisfactorio.

El resultado es que un sistema de relaciones semi-feudal aún subsiste en la agricultura, permaneciendo así una situación que impide a la mayoría de la población convertirse en consumidores de productos industriales. La falta de facilidades crediticias para las industrias manufactureras, una estructura fiscal anticuada, y una inversión del capital nacional desproporcionada en cuanto al porcentaje invertido en bienes raíces y en empresas comerciales, son otros tantos aspectos de las prácticas y actitudes que nos revelan la supervivencia de situaciones relacionadas con un pasado pre-industrial.

Las complejidades implícitas al proceso de industrialización de la América Latina son, pues, grandes. Por supuesto que al fin se hallarán soluciones, aunque ciertamente no serán soluciones sencillas, y tampoco proporcionarán un modelo de desarrollo análogo al de los países más adelantados, los cuales alcanzaron a industrializarse en el curso del siglo XIX. La transformación de Latinoamérica tiene lugar ya tarde en la Historia, y en un período de crisis mundial. La proyección de su pasado feudal, y las presiones y tensiones que se le imponen del exterior, han creado nuevas condiciones, precisándose, para resolverlas, desarrollar nuevos ajustes, los cuales deben ser no sólo de carácter económico, sino también social y político. Será en próxima ocasión cuando nos ocuparemos de las repercusiones socio-políticas que ha tenido la industrialización de la América Latina.